

CRÍTICA MATERIALISTA
AL CONCEPTO POSMODERNO DE IDEOLOGÍA

© Jesús G. Maestro
Editorial Academia del Hispanismo

1. El materialismo filosófico como teoría literaria contemporánea

Desde el materialismo filosófico consideramos que la Teoría de la Literatura es el conocimiento científico de los *materiales literarios*, es decir, el análisis conceptual y categorial de los materiales contenidos en las obras literarias y con ellas relacionados, los cuales delimitan su *campo* de investigación y constituyen su *objeto* de conocimiento, a cuya comprensión se accede a través de una metodología científica, de naturaleza *crítica* y *dialéctica* (no doxográfica, ni moral, ni ideológica), la cual se fundamenta a su vez sobre una gnoseología y una ontología, en el marco de una filosofía materialista, cuya teoría de la ciencia está formulada y justificada en la Teoría del Cierre Categorial (Bueno, 1995).

Una teoría de la literatura de fundamento materialista ha de discriminar positivamente desde el comienzo el conocimiento dóxico (δόξα) del conocimiento epistémico (ἐπιστήμη), con el fin de excluir el primero de ellos — la *doxa*— de todos sus planteamientos y desarrollos metodológicos. El conocimiento dóxico es un conocimiento sobre apariencias, no sobre realidades. Se construye sobre la opinión, el relativismo, la limitación, lo superficial y lo aparente. Es un pseudo-conocimiento, basado, bien en la conjetura (εἰκασία, visión desde la caverna), bien en la fe o la creencia (πίστις, imágenes de la realidad solidificadas por la imaginación). Por el contrario, el conocimiento epistémico es un conocimiento científico en sentido estricto, al constituir un saber *necesario* (penetra las causas y sus fundamentos), *objetivo* (depende de la naturaleza de los objetos y no de las construcciones artificiales del sujeto), y *sistemático* (está organizado según criterios lógicos y racionales). Platón distinguió en el saber epistémico dos tipos de conocimiento: *διάνοια* o conocimiento discursivo (parte de hipótesis o presupuestos y deduce lógicamente sus consecuencias, procede por demostración, y su método es la matemática), y *νόημα* o conocimiento intuitivo (trabaja con ideas en sí, teoremas, axiomas..., cuya transparencia estructural las convierte en verdades evidentes).

Los axiomas de la ciencia son irrefutables, indiscutibles, no dejan libertad de elección: un triángulo es un polígono de tres lados, un endecasílabo es un verso de once sílabas métricas, por todo punto exterior a una recta discurre una paralela, etc. Contra gustos no hay argumentos; contra axiomas científicos, tampoco.

2. Ciencia. Mitología. Ideología

Ciencia e ideología son discursos que con frecuencia mantienen relaciones dialécticas. El primero es ante todo un *saber crítico*; el segundo, un *interés pragmático* inmediato. Desde los criterios del materialismo filosófico es posible discriminar los términos *ciencia*, *ideología* y *mitología* con arreglo a las siguientes definiciones. La *ciencia* es un conocimiento racional basado en la interpretación causal, objetiva y sistemática de la materia. Por su parte, la *mitología* es, esencialmente, una explicación ideal e imaginaria de hechos. Finalmente, la *ideología* es un discurso basado en creencias, apariencias o fenomenologías, constitutivo de un mundo social, histórico y político, cuyos *contenidos materiales* están determinados básicamente por estos tres tipos de intereses prácticos inmediatos, identificables con un gremio o grupo social, y cuyas *formas objetivas* son siempre resultado de una *sofística*.

3. Crítica materialista al concepto posmoderno de ideología

El materialismo filosófico no puede aceptar la afirmación posmoderna de que “todo es ideología”. Esta declaración es una falacia, un sofisma, una expresión que conduce hacia la construcción de un *error objetivo*. Desde una filosofía materialista no se puede aceptar que “todo es ideología”, por las mismas razones que desde la Química no se puede sostener que “todo es agua”, y por los mismos criterios que la Medicina no puede basarse en una afirmación según la cual “todo es óseo”. En Geología no se puede decir sin más que “todo es arena”. Sería el mismo error que afirmar en Geometría que “todo es lineal”, porque desde ese momento dejaríamos de percibir lo angular y lo esférico. Es algo tan ridículo como afirmar que en Música “todo es sonido”. De este modo, sostener que “todo es ideología” equivale, en primer lugar, a obligarnos a ignorar la validez de los axiomas científicos (la hipotenusa al cuadrado equivale a la suma del cuadrado de los catetos, etc.); en segundo lugar, imposibilita absolutamente el ejercicio de cualquier actividad *crítica*, es decir, de todo ejercicio que trate de establecer criterios diferenciales, clasificatorios, identificadores, discriminatorios, es decir, *analíticos*; en tercer lugar, impone una reducción genérica de la totalidad a una de sus partes, de modo que lo absoluto deja de residir en el *sistema* para objetivarse y perpetuarse en uno de sus *elementos* relativos, el cual, sin renunciar en manos de la ideología del intérprete a su *relatividad*, se exhibe y manipula como término absoluto sobre la totalidad del cosmos: así se constituyen innumerables mitos posmodernos y numerosas falacias contemporáneas, como la isovalencia de las culturas, la igualdad formal o imaginaria de lo que es científica y materialmente diferente, la fragilidad del pensamiento contemporáneo, o *pensiero debole*, cuando actualmente nada hay de frágil en el Islam o en el Cristianismo, por ejemplo, etc. Afirmar que “todo es ideología”

equivale a clausurar de modo acrítico y falaz el ejercicio de la interpretación, y a idealizar sus contenidos en un discurso exclusivamente formal, retórico y sofístico, en el que las *formas* interpretativas están desposeídas por entero de referentes materiales y de contenidos objetivos, es decir, de *verdad*.

En consecuencia, desde la ideología no se puede ejercer una crítica científica, porque dentro del territorio de lo ideológico no es posible percibir las diferencias que exige el conocimiento científico. Los intereses ideológicos no permiten objetivar críticamente las causas, objetivos y sistematización del pensamiento científico. Ninguna ideología resiste, sin crisis y sin lisis, el anclaje en la realidad material, en la realidad efectivamente existente, que el análisis científico exige al contenido de sus formas y lenguajes, los cuales quedan reducidos a ideales utópicos y propagandísticos, a palabras sin referentes materiales, a teoremas de cuerpos inexistentes, a ideas irreales, a deseos fantásticos, a creencias del más variado pelaje, etc., que sólo sirven para satisfacer los intereses prácticos que mueven al ideólogo, pero que casi nunca satisfacen las necesidades materiales de la vida del creyente.

Las *creencias* son sistemas socializados de Conceptos e Ideas que organizan la percepción de partes del mundo, o de su totalidad, en el que vive la sociedad de referencia. Las creencias pueden contener elementos míticos o religiosos, y también racionales, sin que ese racionalismo implique *verdad*, como sucede con la teología, por ejemplo, que se considera a sí misma una ciencia, aunque su objeto de conocimiento —Dios— no exista, pues todo dios es una *forma* carente de *contenido material*. Las *ideologías*, por su parte, son también sistemas de Conceptos e Ideas, igualmente socializadas, pero vinculadas de forma distintiva y específica a un grupo social (clase social, partido político, institución, corporación) que se define en la medida en que se manifiesta en conflicto con otros grupos sociales. Las creencias no contienen formalmente esta relación conflictiva o dialéctica que sí caracteriza a las ideologías.

4. La “falsa conciencia”

Es pertinente aquí recuperar la idea de “falsa conciencia” (*falsches Bewusstsein*), que usan, aunque nunca definen, Marx y Engels en el contexto de sus análisis de las ideologías, a las que consideran como resultado de “un proceso realizado conscientemente por el así llamado pensador, en efecto, pero con una conciencia falsa; por ello su carácter ideológico no se manifiesta inmediatamente, sino a través de un esfuerzo analítico y en el umbral de una nueva coyuntura histórica que permite comprender la naturaleza ilusoria del universo mental del período precedente” (carta de Engels a Mehring de 14 de junio de 1893)¹.

¹ *Apud* García Sierra (“Falsa conciencia”, 297), quien añade: “Marx entendió las ideologías como determinaciones particulares, propias (*idiologías*) de la conciencia, no como determi-

La interpretación científica considera a las ideologías en su contexto dialéctico, es decir, las analiza desde una perspectiva crítica, lo que supone examinarlas como construcciones que tienen que ver con la verdad y la falsedad, y no solamente con la sociología, la psicología, el lenguaje, la pragmática o la política, por ejemplo, lo que equivaldría a tratar a *unas* ideologías desde los criterios de *otras* ideologías. Ésta es la forma de operar del discurso posmoderno, para el que “todo es ideología”, desde el momento en que sus criterios de interpretación son únicamente ideológicos, de forma exclusiva y deliberada —y también impúdica—, dada su incapacidad y abulia para actuar de forma crítica, dialéctica y científica. De este modo la posmodernidad ha sustituido la ciencia por la ideología, y simultáneamente ha borrado las diferencias y límites entre los ámbitos científicos y campos categoriales para sustituirlos por un holismo armónico o un monismo metafísico en el que, merced a un relativismo absoluto, todo es uno y lo mismo, todo está relacionado con todo, todo es compatible con todo, todo es igual e isovalente, todo es lenguaje, todo es diálogo, todo es cultura, todo es ideología, incluido el teorema de Pitágoras, la tabla de los números primos, la sílaba en anacrusis que singulariza al pentadecasílabo dactílico, o los cuatro bemoles que en la armadura musical constituyen la tonalidad de Fa menor... Y sin embargo, no todo es ideología, porque la ideología no es el único ingrediente del cosmos, y porque el cosmos mismo es superior e irreductible a cualquier ideología.

naciones universales, al modo de Destutt de Tracy. Y no sólo esto: particulares o propias, no ya de un individuo, sino de un grupo social (en términos de Bacon: *idola fori*, no *idola specus*). La gran transformación que Marx y Engels imprimieron al problema de las ideologías, consistió en haber puesto la temática de ellas en el contexto de la dialéctica de los procesos sociales e históricos, sacándolas del contexto abstracto, meramente subjetivo individual, dentro del cual eran tratadas por los “ideólogos” y, antes aún, por la “Teoría de las Ideas trascendentales” de Kant. Las ideologías, según su concepto funcional, quedarán adscritas, desde Marx y Engels, no ya a una mente (o a una clase distributiva de mentes subjetivas), sino a una parte de la *sociedad*, en tanto se enfrenta a otras *partes* (sea para controlarlas, dentro del orden social, sea para desplazarlas de su posición dominante, sea simplemente para definir una situación de adaptación). Lo que caracteriza, pues, la teoría de Marx y Engels, frente a otras teorías de las ideologías, es el haber tomado como “parámetros” suyos a las clases sociales (“ideología burguesa” frente al “proletariado”); pero también pueden tomarse como parámetros a otras formaciones o instituciones que forman parte de una sociedad política dada, profesiones (gremios, ejército, Iglesia). Y, asimismo, podrá ser un “parámetro” la propia sociedad política (“Roma”, “Norteamérica”, “Rusia”) en cuanto es una *parte* de la sociedad universal, enfrentada a otras sociedades políticas (y así hablaremos de “ideología romana”, “ideología yanqui”, o “ideología soviética”). En cualquier caso, el concepto de ideología debe ser coordinado con el concepto de “conciencia objetiva” (conciencia social, supraindividual, no en el sentido de una conciencia sin “sujeto”, sino en el sentido de una conciencia que viene impuesta al sujeto en tanto éste está siendo moldeado por otros sujetos del grupo social). Y debe ser desconectado del concepto de conciencia subjetiva, que nos remite a una conciencia individual, perceptual, distinta y opuesta a la conciencia objetiva”.

5. Conclusión

Por todas estas razones, el discurso ideológico es para el materialismo filosófico objeto de una gnoseología materialista, es decir, objeto de un análisis crítico y dialéctico de las posibilidades de conocimiento, análisis que toma como referente fundamental la relación de verdad entre la *forma* de expresión del discurso ideológico y los *referentes* objetivos contenidos en esa *forma*, es decir, su *realidad material*. La relación de falsedad que con frecuencia *une* retóricamente el lenguaje en que se expresan las ideologías con el contenido material que las constituye pragmáticamente es la revelación objetiva de su *sofística*. Sólo así el crítico posmoderno puede convencer con argumentos falsos, es decir, mediante el uso de formas retóricas cuyos contenidos no son reales, porque su verificación material es inexistente, imposible o científicamente insostenible. Así se ha construido la hermosa y confortable mentira de la posmodernidad. Sólo un mundo plenamente satisfecho de la explotación que lo ha hecho posible es capaz de desarrollar una ideología cuyo objetivo fundamental reside, en primer lugar, en mantener con vida y esperanza al explotado para perpetuar su explotación, y, en segundo lugar, en sanear sofisticadamente la conciencia del explotador con discursos ideológicos *ad hoc*. Mientras todo sea ideología, no será necesario resolver *materialmente* ningún problema. Bastará hacerlo con palabras. Es el mismo procedimiento que utilizan los magos y los santos. Unos hacen prestidigitación —es decir, mueven prestamente los dedos a la vez que pronuncian palabras sin sentido ni referente—, y otros obran milagros —es decir, son capaces de convencer a alguien para que nos cuente verosímilmente una historia maravillosa y sobrenatural—. Ambos viven del espectáculo, y ambos confían a la palabra todo el poder de transformación de la realidad. Lástima que unos y otros, junto con sus clientes y sus devotos, ignoren algo fundamental: la realidad no está hecha de palabras. La realidad es *materia*. Lo demás es retórica. Sofística. Por eso, y en cierto modo, ideología es todo aquello que no forma parte de la realidad, sino de la *mentira*.

Bibliografía citada

- BUENO, Gustavo (1995), *¿Qué es la ciencia? La respuesta de la teoría del cierre categorial*. Ciencia y Filosofía, Oviedo, Pentalfa.
- GARCÍA SIERRA, Pelayo (2000), *Diccionario filosófico. Manual de materialismo filosófico*. Una introducción analítica, Oviedo, Pentalfa.
- MAESTRO, Jesús G. (2006), *La Academia contra Babel. Postulados fundamentales del materialismo filosófico como teoría literaria contemporánea*, Pontevedra, Mirabel Editorial.
- MANNHEIM, Karl (1929), *Ideologie und Utopie*, Bonn, Cohen. Trad. esp. de Salvador Echevarría: *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1997.